



Domingo XVIII del Tiempo Ordinario

Partió los panes y se los dio.

Mt 14, 13-21

El otro hambre. Compartir el pan

En torno a la mesa Solidarios

EL OTRO HAMBRE

Partió los panes y se los dio.

Mt 14, 13-21

Vivimos en una sociedad en la que se ha alcanzado un grado notable de desarrollo industrial y un nivel de vida superior al de muchos países.

Pertenecemos al área privilegiada de la tierra en donde la pobreza no presenta, por lo general, los rasgos extremos que la miseria adquiere en las naciones del tercer mundo.

Las nuevas generaciones no conocen la experiencia del hambre. Y aunque vamos sintiendo cada vez con más fuerza las consecuencias de una grave crisis económica, nuestro principal problema no es buscar unos alimentos que llevarnos a la boca.

Paradójicamente, para muchos el problema está precisamente en ayunar y privarse de un exceso de alimentación que pone en peligro su salud o desfigura su silueta física.

Y sin embargo, en esta sociedad aparentemente satisfecha y bien alimentada, no es difícil descubrir mil clases de hambre profunda.

Quizá la más terrible de todas, la soledad moderna. Una soledad que no se cura poniendo a las personas unas junto a otras. Hoy más que nunca las gentes se amontonan en las ciudades, en los edificios de las nuevas barriadas, en los lugares de diversión, en las playas de las costas.

Pero, quizás, es precisamente en medio de la gente o, incluso, en la camaradería de una reunión ruidosa, donde muchos advierten con más lucidez su pavorosa soledad.

Esta soledad que hoy en día envuelve a tanta gente nace, con frecuencia, de un profundo vacío espiritual, de una pobreza interior aterradora, de una falta de vitalidad interna.

Los mismos siquiatras y sicólogos no pueden hacer gran cosa para curarla desde fuera. Es la persona misma la que debe curarse.

Tenemos miedo al silencio, a la apertura a Dios, a la plegaria. No nos atrevemos a amar con generosidad a los otros. Buscamos falsas soluciones a nuestra soledad, hundiéndonos en la «anestesia» de mil caprichos superficiales. Pero seguimos teniendo hambre de algo más profundo.

Quizá tan sólo el retorno a Dios como Padre que nos espera bondadoso, y el seguimiento más generoso del evangelio de Jesucristo, pueda «hacer el milagro» de alimentar nuestra hambre interior y llenar nuestro deseo profundo de una vida mejor y diferente.

EN TORNO A LA MESA

Pronunció la bendición

Mt 14,13-21

Casi sin darnos cuenta y empujados por diversos factores hemos ido deshumanizando poco a poco ese gesto tan entrañable y humano que es el sentarse a la mesa a comer juntos.

La comida del mediodía se ha convertido para muchos en algo puramente funcional que es necesario organizar de manera rápida y precisa dentro de la jornada laboral. Cada vez es más raro ese momento privilegiado de encuentro familiar en torno a la mesa. En muchos hogares, esa mesa hecha para ser rodeada ya no sirve para que padres e hijos se encuentren, compartan sus vidas, rían y descansen juntos.

Bastantes se van habituando a «alimentar su organismo» en esas comidas impersonales de los restaurantes o en el rincón del «self-service» de turno. No pocos se ven obligados a participar en comidas protocolarias o de trabajo, donde el gesto amistoso del comer juntos es sustituido por el interés, la funcionalidad o la ostentación.

El gesto de Jesús invitando a las gentes a recostarse para compartir juntos una comida sencilla bendiciendo a Dios por el pan que recibimos, puede ser una llamada para nosotros. "Comer es mucho más que «introducir una determinada ración de calorías en el organismo»".

La necesidad de alimentarnos de la tierra es, antes que nada, signo de nuestra indigencia radical. Oscuramente los seres humanos percibimos que no nos fundamentamos a nosotros mismos. En realidad, vivimos recibiendo, nutriéndonos de una vida que atraviesa el cosmos y se nos regala día a día a cada uno. Por eso, es un gesto profundamente humano el recogerse antes de comer para agradecer a Dios esos alimentos, fruto del esfuerzo y trabajo del hombre, pero, al mismo tiempo, regalo originario del Dios creador que sustenta la vida.

Pero, además, comer no es sólo un acto individualista de carácter biológico. El hombre está hecho para comer con otros, compartiendo su mesa con familiares y amigos. Comer juntos es confraternizar, dialogar, crecer en amistad, compartir el regalo de la vida.

Por eso es tan difícil dar gracias a Dios cuando uno tiene más comida que la que necesita, mientras otros sufren miseria y hambre. Nos sentimos acusados por aquellas palabras de Gandhi: «Todo lo que comes sin necesidad lo estás robando al estómago de los pobres.» Tal vez en el Primer Mundo debamos aprender a bendecir la mesa de otra manera. Dando gracias a Dios, pero, al mismo tiempo, pidiendo perdón por nuestra insolidaridad y tomando conciencia de nuestra responsabilidad ante los hambrientos de la tierra.

COMPARTIR EL PAN

partió los panes...

Mt 14, 13-21

Un proverbio budista dice que «cuando el dedo señala la luna, el estúpido se queda mirando al dedo.

Algo semejante se podría decir quizás de nosotros cuando nos quedamos exclusivamente en el carácter portentoso de los milagros de Jesús, sin llegar hasta el mensaje que encierran.

Porque Jesús no era un milagrero cualquiera realizador de prodigios propagandísticos. Sus milagros son signos que abren brecha en este mundo de pecado y nos apuntan ya hacia la realidad del Reino de Dios que ocupará un día su lugar.

De diversas maneras el relato de la multiplicación de los panes nos invita a descubrir que el proyecto de Jesús es alimentar a los hombres y reunirlos en una fraternidad real en la que sepan compartir su «pan y su pescado» y convivir como hermanos.

La fraternidad no es una exigencia junto a otras. Es la única manera de construir entre los hombres el Reino del Padre. Y por lo tanto, la tarea fundamental del cristianismo.

Pero la fraternidad bien entendida es «algo peligroso». Con demasiada frecuencia la confundimos con «un egoísmo vividor que sabe comportarse muy decentemente».

Pensamos amar al prójimo simplemente porque no le hacemos nada especialmente malo, aunque luego vivamos con un horizonte mezquino y estrecho, despreocupados de todos los demás, impulsados únicamente por la solicitud de nuestra propia vida y la de los nuestros.

La Iglesia como Sacramento de fraternidad está llamada a descubrir incesantemente nuevas exigencias y tareas de amor al prójimo y de creación de una fraternidad más honda y viva entre los hombres.

Los creyentes hemos de aprender a vivir con un estilo más fraternal escuchando las necesidades del hombre de hoy.

La lucha a favor del desarme, la protección del medio ambiente, la solidaridad con los pueblos hambrientos, el compartir con los parados las graves consecuencias de la crisis económica, la ayuda a los drogadictos, la preocupación por los ancianos solos y olvidados.... son otras tantas exigencias para quien se siente hermano y quiere «multiplicar» para todos el pan que necesitamos los hombres para vivir.

No podemos comer tranquilos nuestro pan y nuestros peces mientras junto a nosotros haya hombres amenazados de tantas hambres.

solidarios

La exégesis contemporánea descubre en el relato de la multiplicación de los panes un texto muy trabajado teológicamente en el que es fácil detectar diversas llamadas para entender a Cristo como fuente de vida, para comprender mejor la cena eucarística o para vivir de manera más responsable la solidaridad con los necesitados. ¿Cómo leer hoy este relato en el horizonte de ese tercio de la Humanidad que muere de hambre y de miseria?

El relato habla de una muchedumbre necesitada de alimento, en medio de un desierto donde no es posible satisfacer el hambre. Los discípulos presentan «cinco panes y dos peces», símbolo expresivo de la penuria y escasez en aquel grupo que podría, sin embargo, alimentarse en las aldeas cercanas. Así viven hoy millones de seres humanos junto a países ricos donde hay medios suficientes para alimentar a la Humanidad.

¿Qué hacer ante esta situación? El relato rechaza el fatalismo o las respuestas fáciles de la insolidaridad. Los discípulos piensan enseguida la solución menos comprometida para ellos: «que vayan a las aldeas y se compren de comer», es decir, que cada uno resuelva sus problemas con sus propios medios. Jesús, por el contrario, los llama a la responsabilidad: «Dadles vosotros de comer», no los dejéis abandonados a su suerte.

Más tarde, Jesús «levanta los ojos al cielo» para recordar a todos a ese Dios Padre del que proviene la vida y todo lo que la alimenta. La vida es un don de Dios y no podemos «levantar nuestros ojos» hacia él si privamos a alguien de lo que necesita para vivir. El pan que comemos es verdaderamente humano cuando es compartido entre todos los hijos de Dios.

El relato culmina con un gesto que llama a la solidaridad responsable. Los discípulos cambian de actitud y ponen a disposición de Jesús todo lo que hay entre ellos. Jesús, por su parte, bendice al Padre y pone toda su fuerza al servicio de aquella muchedumbre hambrienta. Los panes van pasando de Jesús a sus discípulos. De alguna manera, el texto insinúa que es entre las manos de los discípulos donde se va a multiplicar el pan que saciará a todos.

Este «milagro» realizado por Jesús es signo del mundo querido por Dios. Un mundo solidario y fraterno donde todos compartamos dignamente los bienes que recibimos de Dios.

http://docs.google.com/Doc?id=ddm5sg9b_436gcqwc9f8 (DABAR)